

La Misión de la Universidad:

¿Descubrimiento *intelectual o Transforma-* Social?

*En este ensayo
quiero tratar de
articular algunas
de las proposicio-
nes básicas que
subyacen a la con-
cepción tradicional
de la universidad.*

JOHN R. SEARLE.
UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, BER-
KELEY.

El título de este ensayo articula una distinción que está creciendo en las universidades, en particular en las humanidades. En efecto, estamos desarrollando dos subculturas dentro de la universidad; uno pudiera, incluso,

decir dos subuniversidades dentro de la universidad. No desearía exagerar esta distinción. La línea divisoria entre las dos universidades no es aguda pero, sin embargo, está.

Carecemos en el presente de un vocabulario neutral para describir la diferencia entre estas dos subculturas universitarias. La primera pudiéramos describirla como la universidad de la investigación y la enseñanza tradicionales; la segunda contiene una variedad de puntos de vista pero podríamos decir, colectivamente, que la mayoría de los adherentes de estos puntos de vista están comprometidos con el discurso del postmodernismo. Puesto que, como he dicho, no tengo un vocabulario neutral, sólo usaré estos dos ítemes de jerga ->«la universidad tradicional» y «la universidad postmoderna». Tal como uso la expresión, la universidad postmoderna existe en

ciertos departamentos de humanidades, particularmente en aquellos interesados en el estudio de la literatura; se ha esparcido también en algunos departamentos de ciencia social e incluso en unas pocas escuelas de leyes. Hasta donde sé no tiene influencia en departamentos de ciencias naturales o ingeniería. Ha tenido un muy pequeño impacto en los mayores departamentos de filosofía en los Estados Unidos aunque se basa en ciertas corrientes de la filosofía contemporánea, en particular de la filosofía europea continental.

En orden a entender estas dos subculturas universitarias y las dos concepciones de educación superior que manifiestan, es esencial comprender primero algo de sus cimientos filosóficos. Como todos ustedes saben, las universidades son inventos medievales. Fueron fundadas sobre la base de cierto conjunto de supuestos

metafísicos. Un gran monto de los asaltos habituales a la concepción tradicional de la universidad se basa en un rechazo de muchos de estos supuestos y especialmente en un rechazo de ciertas concepciones tradicionales del conocimiento, la verdad, la realidad, y la objetividad.

Las personas de una generación mayor comprometidas con la concepción tradicional de la universidad la tienen como cosa garantida de tal manera que encuentran difícil incluso articularla como un conjunto de proposiciones. Es más, como el aire que respiran, algo que les resulta difícilmente posible de notar.



En este ensayo quiero tratar de articular algunas de las proposiciones básicas que subyacen a la concepción tradicional de la universidad. Juntas, estas proposiciones forman lo que pudiera llamarse la «tradicón racionalista occidental», y trataré ahora de articular unas pocas de las muchas proposiciones que le son centrales. Es importante hacerlo en esta discusión, porque la concepción postmodernista de la universidad se basa de varias maneras en un rechazo de la tradición racionalista occidental. Pido disculpas por la brevedad y la superficialidad de lo que voy a decir, pero uno no explica dos mil años de filosofía occidental en cinco minutos sin resumir en alguna medida.

-En primer lugar, es un supuesto básico de la tradición racionalista occidental el que la realidad existe independientemente de nuestras representaciones de ella.

Un segundo principio, relacionado con el primero, es que el lenguaje es usado con frecuencia para representar rasgos de la realidad, rasgos que existen independientemente de nosotros y del lenguaje; y, al menos en ocasiones, el lenguaje puede ser usado para comunicar significados desde los hablantes a los oyentes. Resulta esencial a la tradición racionalista occidental considerar como deseable la claridad y como cosa indeseable la oscuridad. En las afirmaciones claras enfrentamos un significado que estamos tratando de comunicar, y una de las funciones de ese significado es habilitar a nuestras palabras para referirse a una realidad que existe con independencia de la representación de cualquiera.

Un tercer principio de la tradición racionalista occidental es que la verdad es cosa de agudeza de representación. Nuestras afirmaciones, creencias, juicios, etc., son usados para representar una realidad independientemente existente y, en la medida en que tenemos éxito o fallamos en hacerlo, lo que creemos, afirmamos, o juzgamos, es respectivamente verdadero o falso.

Un cuarto principio es que el conocimiento es objetivo. Esto tiene la consecuencia de que las pretensiones de conocimiento se

mantienen o caen por su propio peso. El punto de vista del que formula la pretensión de conocimiento, las técnicas que pueda haber usado para llegar a ella, son cuestiones de algún interés, pero no afectan la verdad o la falsedad de la pretensión. Es por esto que en la universidad tradicional no nos impresionamos por los argumentos ad hominem o por la falacia genética.

Finalmente, un cuarto punto: es básico para la tradición racionalista occidental el que la racionalidad y la lógica son formales. Esto se aplica a través de los temas y posibilita procesos inferenciales racionales para moverse de una verdad a otra, de la evidencia a la hipótesis para respaldar la confirmación o la desconfirmación, sin considerar el contenido específico de las pretensiones formuladas y las motivaciones del que las hace.

Ahora bien, si uno acepta esta concepción de la tradición racionalista occidental, incluso en la forma precipitada con que he tratado de describirla, entonces parece tener claras consecuencias para la educación superior. De hecho, hemos construído todo el sistema universitario sobre la proposición de que estamos comprometidos en una búsqueda de la verdad, de que esta verdad se refiere a una realidad que existe independientemente de nuestras particulares motivaciones y prejuicios, de que las formulaciones de conocimiento que hacemos son objetivamente testables mediante estándares de racionalidad, y que

las pretensiones de conocimiento, de ser substanciadas, resistirán por sí mismas.

Pienso que es obvio como esta concepción del conocimiento y de la racionalidad subyace a nuestra concepción de las ciencias naturales, pero pienso que también es fundamental para nuestra concepción de las humanidades y de las ciencias sociales. Podría parecer que no se aplica al estudio de la literatura de ficción, pero un examen más ajustado revela que de hecho se aplica. Creemos que hay estándares objetivos -o, al menos, intersubjetivos- para juzgar las obras literarias. En la universidad tradicional, por ejemplo, pensamos que enseñamos a Shakespeare antes que al Conejo de la Suerte no sólo porque es tradicional hacerlo sino porque podemos demostrar de hecho que Shakespeare es de una calidad intelectual superior.

En la universidad tradicional sentimos también que los estándares de racionalidad, verdad, inteligencia, etc., que se aplican al discurso no ficcional pueden ser igualmente aplicados indirectamente a las obras de ficción. En verdad, en mi niñez era cosa de cliché que usted podía aprender más sobre la naturaleza humana leyendo a un gran novelista que tomando muchos cursos de psicología.

Por estos días, todos estos principios están bajo ataque en diferentes grados y estoy algo sorprendido que no se haya puesto más atención a estos ataques,

puesto que el carácter político de mucho del debate en las universidades acerca de la naturaleza de la educación en las humanidades y las ciencias sociales, de hecho descansa en un conjunto más profundo de temas relativos al rechazo de la concepción tradicional de

la racionalidad, la verdad, y la objetividad.

Llegué a estar agudamente seguro de esto cuando leí un panfleto editado por el American Council of Learned Societies titulado «Hablando por las Humanidades». Este panfleto tiene como coautores a no menos de seis directores de prominentes institutos de humanidades del país. No es necesario citarlo in extenso, pero su tono está marcado por afirmaciones como «*no debe confiarse en las pretensiones de objetividad, desinterés, y racionalidad*». Luego, los autores continúan argumentando que las pretensiones de objetividad, desinterés, y racionalidad, habitualmente reflejan ciertas circunstancias históricas locales y son generalmente parte de algún deseo de poder, alguna especie de toma del poder.

El mensaje básico que quiero comunicar es que el rechazo de las concepciones tradicionales de la verdad, la objetividad, la racionalidad y el realismo, no son inocentes desde el punto de vista de la educación. Tiene enormes consecuencias para la naturaleza de la educación superior. Los debates acerca del curriculum, después de todo, no son nuevos en la educación estadounidense. Hemos estado teniendo debates sobre el curriculum desde que se fundaron las universidades estadounidenses. Pero hay dos rasgos especiales del debate habitual que son diferentes de los intentos anteriores de reformar el curriculum. Uno, hay un explícito



*De hecho,
hemos
construido
todo el sistema
universitario
sobre la pro-
posición de
que estamos
comprometidos
en una bús-
queda de la
verdad.*

y deliberado intento por politizar la universidad hacia un punto de vista más izquierdista. Dos, y este es el principal tópico de mi exposición, la ideología de izquierda en cuestión, a diferencia de anteriores movimientos de izquierda en los Estados Unidos, se basan en un rechazo de los estándares tradicionales de racionalidad, verdad y objetividad.

Hemos recorrido mucho camino desde que Marx se mofaba

la educación superior tiene el rechazo de la tradición racionalista occidental? Permítanme enumerar brevemente cinco o seis de estas consecuencias.

Primero, ha habido un giro dramático desde la concepción del departamento universitario como grupo de personas comprometidas en el estudio de un área común a la de un grupo de personas que promueve una causa política particular. Se trata

creación de un Departamento de Estudios de Género y otro de Estudios Etnicos tenían una motivación tanto política como académica. El objetivo de la creación de estos departamentos no fue precisamente facilitar el estudio de un área que no podía serlo adecuadamente en los departamentos existentes, sino promover cierta causa moral y política.

Segundo, esta concepción



El mensaje básico que quiero comunicar es que el rechazo de las concepciones tradicionales de la verdad, la objetividad, la racionalidad, y el realismo, no son inocentes desde el punto de vista de la educación. Tiene enormes consecuencias para la naturaleza de la educación superior.

de los socialistas utópicos por no ser científicos. Al menos en mi vida intelectual, es cosa nueva que las visiones de izquierda deban ser extraídas de un punto de vista anticientífico y antirracional. Como he dicho, no existen términos neutrales para describir el fenómeno en cuestión y no quisiera dar la impresión de que la universidad postmodernista se articula en un punto de vista unitario; variadas formas de construcción, postestructuralismo, etc., son, de diversas maneras, puntos de vista esencialmente antirracionalistas.

¿Qué consecuencias para

de un cambio dramático y estoy sorprendido de que no se lo haya notado más generalizadamente. La creación de un Departamento de Estudios de Género o un Departamento de Estudios Etnicos tiende a ser algo diferente de la creación, por ejemplo, de un Departamento de Biología Molecular. La creación de la biología molecular ocurrió a causa de una explosión del conocimiento que hizo inadecuados los ordenamientos departamentales existentes para el desarrollo de la nueva investigación. La biología molecular creció de la virología, porque el tema se escapó de las manos. Pero la

de la educación superior tiene consecuencias ulteriores en la línea de la selección de quienes pertenecen a la facultad. En la tradición racionalista occidental es básico que uno no tiene que ser un adherente de un punto de vista específico para hacerlo bien enseñando ese punto de vista. Uno no tiene que ser marxista para enseñar a Marx, no tiene que ser católico para enseñar a Santo Tomás de Aquino, no tiene que ser un platónico para enseñar a Platón. Si fuéramos consistentes con esta concepción tradicional de universidad, entonces tiene que ser posible que un varón antifeminista dicte cursos sobre

estudios de género. Por estos días no estimaríamos eso como algo digno de consideración. La selección de miembros en estos departamentos nuevos dedicados a causas políticas se construye sobre el rechazo del tradicional ideal académico de objetividad. Los miembros de facultad son seleccionados porque comparten ciertos criterios ideológicos, étnicos, raciales o de género.

Un tercer rasgo que deseo hacer notar es la declinación de la distinción entre alta cultura y cultura popular. Tradicionalmente, las universidades existen para promover cierta concepción de la calidad intelectual. Pero una vez que usted abandona la tradición racionalista occidental, entonces no hay fundamento para hacer discriminaciones filosóficas sobre la base de la calidad intelectual. En verdad, la idea misma parece ser elitista y opresiva. Parece elitista pensar que algunos libros son mejores que otros, que algunas civilizaciones hicieron mayores contribuciones que otras, etc. Por el contrario, la tesis es que en vez de estudiar «las grandes obras del pasado» (la idea misma parece arcaica), estamos estudiando textos, y un texto en tan texto como cualquier otro.

Una cuarta consecuencia de la concepción de la educación que revisamos es que la representatividad se vuelve ahora crucial tanto en la selección de miembros de la facultad como en la selección del currículo; se vuelve crucial el que cada cultura debiera estar representada y el criterio para la inclusión en el

currículo no es cuestión de calidad intelectual per se, sino cosas como la raza, el género, la clase social y actitudes progresistas que habían estado previamente subrepresentadas.

Una quinta consecuencia, mencionada por el profesor Vildavsky y por tanto no diré mucho sobre ella, es la idea de que debemos tener lo que se llama ‘nuevos’ o ‘diferentes’ estándares de excelencia. Cuando se trata de la tradición racionalista occidental usted no tiene mucha capacidad de maniobra frente a los estándares de excelencia. Los estándares de calidad intelectual se construyen a partir de la naturaleza de actividad. Pero cuando tenemos series diferentes de objetivos, entonces se supone que diferentes estándares resultan apropiados. La búsqueda de nuevos criterios de excelencia es de alguna importancia práctica puesto que si usted incluye en la facultad un número claramente grande de personas propuestas que no calzan en los criterios tradicionales, entonces, para que puedan esas personas ser contratadas, promovidas, tener una jornada y recibir sueldos semejantes a los de los estudiosos más tradicionales, es necesario diseñar nuevos criterios de excelencia, -criterios que les permiten obviar su incapacidad de calzar con los criterios tradicionales.

Sexto y último, me parece a mi que el rechazo de la tradición racionalista occidental ha facilitado ciertas redefiniciones de la actividad académica, una redefinición de lo que tratamos de hacer intelectuales, profesionales,

en las universidades. Este cambio es descrito como movimiento hacia el «relativismo», pero yo me inclinaría por describirlo como una forma de «subjetivismo políticamente comprometido». Veo esto en calidad miembro del directorio del National Endowment for the Humanities. Recibimos gran número de solicitudes de personas, resultando obvio que la persona quiere escribir un libro acerca de sus reacciones, sus sentimientos y su interpretación general sobre el Renacimiento, o sobre la condición de novelistas de minorías en la costa noroeste del Pacífico, o sobre travestis en el Londres del siglo XVIII, etc. En todos estos casos la idea es escribir sobre el tema un conjunto de reacciones subjetivas políticamente correctas.

Para concluir, me gustaría sugerir que, en nuestras discusiones sobre problemas de la educación superior, estos puntos filosóficos abstrusos acerca de la naturaleza de la verdad, la racionalidad y el conocimiento no son meras cuestiones de adorno retórico. Son absolutamente esenciales para entender lo que está en juego.

Este artículo del profesor y filósofo estadounidense fue publicado por la revista Academic Questions, de la National Association of Scholars. La traducción es del prof. Edison Otero, con las respectivas autorizaciones.